

La sonrisa de Hans ·capítulo 3·

... y en medio de aquella sala una mesa triangular sin patas que parecía flotar. Un ligero zumbido nació al entrar Hans como si una fuente de energía comenzara a funcionar.

Sin poder evitarlo Hans se acercó a una especie de jostick grande y plateado, lo cogió y se iluminó una pantalla circular. Accionó el jostick hacia delante y en la pantalla apareció un túnel multicolor que tanto más rápido parecía avanzar hacia delante de su propio interior cuanto mayor era la fuerza con que Hans presionaba el mando. Se detuvo y en la pantalla comenzó a vislumbrarse un dibujo, una escena, un video, no se sabía muy bien, en el que un hombre vestido de blanco llevaba a un niño en brazos. El niño se parecía a Hans pero, sin duda, no era él. Soltó el jostick y la imagen desapareció.

Hans accionó de nuevo el mando pero esta vez hacia atrás. En esta ocasión en la pantalla sí que apareció él. Era muy pequeño y estaba sentado en el suelo cerca del árbol seco de su jardín jugando con un camión rojo. Su tío le miraba y le decía algo pero la imagen no tenía sonido. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Hans... aquello era una tele que viajaba a través del tiempo.

Se dirigió entonces a un sillón negro de formas redondeadas que había en una esquina. Se sentó y con tan solo desear acercarse a la pared para contemplar un cuadro allí colgado el sillón obedeció moviéndose.

- No puede ser...

Aquel asiento, tan cómodo por otra parte, le hacía caso. Era una especie de coche sin ruedas y sin motor y cuyo volante era su mente. Se desplazó de un sitio a otro de la estancia deslizándose entre muebles y aparatos sin ni siquiera rozar uno de ellos. Pasó lanzado entre dos sillas y justo al llegar a la pared giró de manera espectacular en una maniobra prodigiosa. En pocos segundos y

con naturalidad Hans se había convertido en un experto piloto, no tenía que preocuparse por mecanismo alguno, con imaginar el camino le bastaba e imaginó todos los posibles dentro del laboratorio que se convirtió por unos instantes en una pista de carreras.

Aparcó, se levantó y fue hacia otra esquina. Allí, una esfera de cristal amarillento brillaba en la oscuridad iluminando el rincón. En su superficie se dibujaban pequeños cuadros en los que el color crecía y disminuía en intensidad. Grabada en toda la extensión de la bola aparecían mares y continentes. Aquello era un globo terráqueo y Hans acercó las manos y comenzó a deslizarlas por encima sin llegar a rozarlo. En sus ojos se reflejaba la bola y aunque el deseo por sentir su tacto era mucho, la prudencia le hacía detenerse. Finalmente, tocó en La India. Las paredes del laboratorio comenzaron a desvanecerse y donde había papel pintado, si acaso madera, apareció un descomunal palacio de mármol. Hans se encontraba en el paseo que conducía a su entrada, estaba solo y en la parte superior de aquel mundo completamente real había una brújula flotando en el aire y bajo ella un letrero rojo que decía “me voy de aquí”. Hans, conmocionado, lo tocó y la habitación volvió a aparecer ante él. Tragó saliva, tomó aire y posó su dedo índice en Estados Unidos. En un instante se encontró en una avenida muy ancha rodeado de rascacielos, en un gesto intuitivo, alcanzó con la mano el oeste en la brújula y ascendiendo sobre el asfalto, primero, y la propia ciudad después comenzó a viajar por el país como un pájaro. Se sucedieron inmensos campos de cereales, montañas y valles a una velocidad que terminó siendo de vértigo. Al final del viaje, cuando Hans divisó el Océano Pacífico, plantó sus pies en una playa californiana, pisó su arena y, de nuevo, el laboratorio le rodeó.

